

SOY AMIGO DE JESUCRISTO

La filiación divina se llama confianza

Antonio Pérez Villahoz

C^e
COBEL EDICIONES

Primera edición: marzo de 2016

© Cobel

© Antonio Pérez Villahoz

ISBN: 978-84-943728-8-9

cobel@cobel.es

www.cobelediciones.com

Todos los derechos reservados. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor.

ÍNDICE

Introducción	7
¿Qué idea tienes tú de Dios?	9
Hazte ateo	13
Jesucristo está vivo... ¡y eso es bastante fuerte!	17
Despertar de una vida absurda	21
El Dios verdadero y el Dios falso.....	25
El Dios abuelete	29
Tu encuentro personal con Jesucristo	33
¿Por qué no soy feliz?	37
La mirada miope con que nos miramos	41
El mayor peligro: cumplir sin amar	47
Perder el respeto al pecado	51
¿En qué le afecta a Cristo que yo peque?	57
El gran fracaso no es pecar sino dejar de amar	63
La clave es la conversión del corazón.....	69
¡No puedo estar de mal rollo con Dios!.....	75
La vergüenza que te da decirle a Cristo que le quieres	81
Ser alma de oración	87
Jesús... ¡nuestra Misa!	93
¿Qué me aporta la amistad con Jesucristo?.	97
¿Cómo amar a alguien a quien no veo?.....	103

Sólo amar te convertirá	107
La indiferencia por Dios lleva a la indiferencia por los demás	111
¡Es tu turno!.....	117
Mirar como mira Cristo.....	123
¿Sabes de alguien que haya dado la vida por ti?	127
La presencia que Dios tiene de ti	129
Cristo es la única medicina.....	135
Meter a Dios en tus bajones	141
Pensar que Cristo me ama si yo hago bien las cosas.....	145
La filiación divina se llama confianza	149
La cultura de tratar a Dios pero sin pasarse	155
Vivir enamorado de Jesucristo.....	163
¡Tú eres necesario para Dios!	165



INTRODUCCIÓN

Grandes fortunas pagarían millones por entablar media hora de conversación directamente con Dios... A ti eso te lo ofrecen a diario y además te sale gratis... Aun así, ¿por qué rehuimos hablar con Él? ¿Por qué tantos huyen de la amistad con Dios? La respuesta es bien sencilla: Muchos jamás han creído que Cristo está vivo.

Y esta es la verdad más verdadera posible que existe: ¡Cristo vive! Pero no vive en forma de recuerdo custodiado, ni de homenaje perdurable... Cristo está tan vivo como tú en este instante. Cristo no es un amuleto, ni un espíritu errante, ni una figura de escayola manoseada por devotos y besuqueada con los ruegos de beatas... Él vive con un cuerpo glorioso que es tan humano como el tuyo... ¡y es Dios!

Y ese Cristo solo desea una cosa del hombre –ide ti y de mí!–: una amistad personal.

Quien le descubre, quien aprende a tratarlo, quien experimenta su amor... ¡jamás desea abandonar esa amistad!

¡Y eso es posible hoy... y eso es posible para ti! Te llames como te llames, vengas de donde vengas, seas quien seas, estés como estés. Él lo desea y Él puede hacerlo... ¡sólo quiere que tú le dejes!

A esta aventura te invita este libro... Lo único verdaderamente bueno de estas páginas es lo que aquí no se escribe... es ese dialogo divino que tú y Él entablaréis; ese derroche de amor que se dará entre los dos cuando le enseñes tus heridas y mires su rostro...



¿QUÉ IDEA TIENES TÚ DE DIOS?

Muchos pasan de Dios... Esta es una verdad tan cierta que si dudas de ella será porque vives muy alejado de la realidad. Existen millones de personas que viven su vida como si Dios fuera un asunto que no va con ellos, propio de viejas beatas del pasado. Aparentemente, que Dios exista o no, se preocupe por ellos o se haya olvidado de que siguen vivos, no es algo que influya absolutamente nada en sus vidas... Y ni siquiera es que estén contra Dios, o contra las personas que dicen tener fe... Son respetuosas con aquellos que dicen creer en Dios. Lo que les ocurre, sencillamente, es que viven en la más absoluta indiferencia. Para ellos Dios nunca estuvo vivo, y si alguna vez pareció que sí, a día de hoy, Dios está bien muerto en la realidad de su existencia.

Tú serás, posiblemente, de los que piensan que existe un Dios que nos ha creado y con el que nos encontraremos cuando muramos. E incluso, a lo mejor, eres más o menos practicante y vas a Misa los domingos. Y procuras confesarte de vez en cuando y tener algún trato con ese Dios del que te han dicho maravillas: que es tu Padre, que te ama con locura y que desea que tu vida sea muy feliz... pero tú sabes bien que, demasiadas veces, vives –vivimos– como si ese Dios fuera de cartón-piedra, de escayola de procesión de Semana Santa, de estampita repartida a la puerta de una iglesia: alguien a quien decimos amar pero al que apenas conocemos, con el que apenas conectamos y del que muchas veces pasamos.

Y todo esto, ¿por qué? ¿A qué viene tanta indiferencia y tanto pasotismo? ¿Por qué tanto volver la cara a Dios, tanto tenerle miedo, tanto verle como alguien incómodo que estropea nuestros planes? ¿Por qué vivimos con esa actitud de tratar a Dios como un enemigo de nuestra felicidad? ¿Qué imagen tenemos tú y yo de Dios?, ¿qué pensamos sobre Él?, ¿cómo nos lo imaginamos en el fondo?

Y estas, amigo mío, son las preguntas que deberías hacerte... porque en sus respuestas está la verdad de tu vida cristiana. Nadie ama lo que no conoce (puedo estar loco por Paula solo si alguna vez conozco a una Paula concreta de la que me pueda enamorar). Por eso, si tu imagen de Dios es la equivocada, si en el fondo estás buscando a

un prototipo de Dios que en realidad no existe, si en tu cabeza y en tu corazón anida una idea de Dios que no es el Dios verdadero, entonces, toda tu vida cristiana acabará en un absoluto fracaso... Dios no es quien tú y yo queremos que sea. Dios es quien es. A ti te toca conocer al Dios verdadero, y solo entonces serás capaz de tratarle y enamorarte de Él.

Y no seré yo el osado que venga a decirte que Dios es así y asá, de este modo y no de esta otra manera. Dios no es la idea que yo tengo de Dios. Dios no es lo que el cura de mi parroquia me cuenta sobre Dios, por muy buena intención que tenga para ayudarme en mi vida cristiana... Y es que al cura de tu parroquia... y a ti y a mí, Dios se nos ha dado a conocer. Tiene cara y rostro, y nos ha dicho donde vive y qué piensa. Nos ha dado un modo de hablar con Él en directo, sin intermediarios ni pidiendo cita previa. Nos ha dicho de mil maneras quién es Él y lo que desea de nosotros... Y ese Dios se llama Jesucristo, que es una persona concreta de carne y hueso, que pisa el mundo como tú lo pisas, que tiene sentimientos, penas y alegrías, que sufre y ama como nadie, que tiene un cuerpo –glorioso–, al que le corre la sangre por las venas... y cuyos ojos ven también lo mismo que tú ves cuando sales a pasear por tu barrio o te adentras en el fondo de tu alma... Dios es tan humano como tú... y es Dios. Te insisto: se llama Jesucristo... Y cuando lo conoces, cuando le tratas, cuando dejas de verlo como un ser mitológico o como una idea bonita que te ayuda a ser

mejor persona, cuando de verdad intuyes algo de quien es Él y de lo mucho que se ha enamorado de ti, entiendes entonces que amar a Jesucristo es lo único que merece de verdad la pena, que sin Él tu vida está coja, está incompleta... es como querer vivir sin haber experimentado lo que es amar... Por eso has de responderte a la pregunta: ¿Yo conozco a Dios de verdad? Si no lo haces, si te quedas en una vida cristiana superficial, en un puro hacer cosas que son aparentemente buenas, tu vida –y la mía- quedarán ancladas en el más absoluto de los absurdos... ¿De verdad que te vas a quedar sin descubrir quién es Jesucristo?



HAZTE ATEO

Ateo es aquel que dice no creer en la existencia de Dios... Pues ese es mi consejo: hazte ateo... pero ateo de ese Dios equivocado que tienes en la cabeza, de ese Dios aburrido, de ese Dios rencoroso y castigador que te lleva a flagelarte y a sufrir por tus errores, de ese Dios frío y calculador que te dibuja tu corazón egoísta y mezquino, de ese Dios vengativo que nos sugiere nuestra soberbia y nuestro corazón poco misericordioso, de ese Dios lejano que nos susurra a diario nuestra frivolidad, de ese Dios vigilante, a la espera de cazarnos en cuanto nos equivocamos, de echarnos en cara nuestros fallos y pecados... Hazte ateo, por amor de Dios, de ese Dios raro e inexistente que nos fabrica nuestro miedo, nuestras angustias, nuestros temores... porque Dios es quien es. Dios no es la suma de tu opinión y la

mía y la de cinco mil millones de personas más. Dios es quién El mismo nos ha dicho quién es... Y eso se descubre leyendo el Evangelio y tratándole en esa intimidad íntima que no necesita ni de palabras ni de discursos elocuentes. Necesita tan solo un corazón abierto a la escucha, un corazón deseoso de dejarse amar y unos ojos limpios que no se esconden ante la innegable realidad de que somos pecadores... Pero por eso, porque somos pecadores, tenemos la dicha de que todo un Dios haya querido hacerse de la misma pasta que tú y que yo para que no huyamos; se ha hecho carne de nuestra carne para impedir que corramos atemorizados ante la vergüenza de sabernos totalmente indignos e incapaces de tratarle de tú a Tú.

Y lo que Dios nos ha dicho sobre sí mismo es que no es ese monstruo que nos castiga cada vez que puede, no es ese ser vengativo y aguafiestas que odia que seamos felices y que las cosas nos vayan bien. Dios no es un médico fracasado que reparte enfermedades y desgracias con la única ilusión de vernos sufrir para que caigamos en la desesperación... Y es que si Dios fuera así, ni habría posibilidad de amarle... ni habría posibilidad de que fuera Dios.

El problema es que mucha gente piensa que aceptar a Dios te va a estropear la vida porque te acabará quitando la libertad. Pero eso es la religión contada, no la religión vivida. No conozco a una sola persona que viva su fe en plenitud, que

no sea feliz. Cualquier persona que vive la receta de Jesucristo puede decir que ser amigo de Dios es algo que mejora mi vida.

A lo que tenemos miedo es a un Dios que en realidad no existe. Por eso hazte ateo de ese Dios cruel, de ese Dios que te está mirando con el dedo levantado, ese Dios que parece estar indiferente a lo que te pasa y a lo que le cuentas. Hazte ateo de ese Dios lejano, de ese Dios concepto. Esa imagen de Dios hay que dinamitarla, hay que hacerse ateo de ese Dios cuanto antes, por la sencilla razón de que no existe.

El Dios del que nos habla Jesucristo tiene sobre todo una característica... es un Dios bueno.

Hay un Dios que es esclavo, que te lava los pies, que es misericordioso, que llora por ti, que se alegra contigo, que respeta tu libertad, que quiere lo mejor para ti... ese Dios es el que existe, ese Dios nació en el mundo real en el que tú y yo vivimos, pisó la misma tierra que tus abuelos y tus padres, sufrió y lloró como uno más, padeció hambre y sed, y fue injustamente tratado y tuvo que ver cómo su madre sufría y sus amigos le traicionaban... Jesucristo no es un Dios teórico... es un Dios real, hombre verdadero, con corazón plenamente humano... ¡y es Dios! Jesucristo es verdaderamente hombre y verdaderamente Dios... y no habita en unos cielos inaccesibles, ni se preocupa exclusivamente del orden del cosmos... Él es un Dios que solo ha aprendido a con-

tar hasta uno... y ese uno somos tú y yo cuando dejamos que nos hable, que nos consuele, que nos corrija, que nos perdone.

Por eso, nos toca a ti y a mí descubrir a ese Dios llamado Jesucristo del que nos habla el Evangelio. Te pueden hablar mil curas diferentes de quien es Jesucristo, puede tu abuela o tu madre hacerte aprender tres tipos de catecismos estupendos, puedes doctorarte en varias disciplinas teológicas... que te aseguro que jamás sabrás quien es Jesucristo hasta que no seas capaz de tratarle, hasta que no le hables con la confianza con la que se hablan los amigos, hasta que no lo ames con el corazón y la pasión que ponen los hombres en las cosas que desean. Y ese conocimiento te llevará a no desear jamás separarte del amor de Dios por ti; te llevará a no esconder tu mirada de la mirada acogedora de Cristo... pero todo eso te toca a ti descubrirlo. Nadie jamás podrá hacerlo por ti; nadie que no seas tú podrá jamás darle a Dios el amor que tú puedas darle... ni recibir de Él el amor que tiene preparado para ti.



JESUCRISTO ESTÁ VIVO... ¡Y ESO ES BASTANTE FEURTE!

Si un compañero de clase te cuenta, un lunes cualquiera, que ha visto por la calle a un tipo que dice haber nacido hace ya más de dos mil años, lo más seguro es que le volverías a interrogar sobre qué ha hecho realmente durante el fin de semana... porque hay algo que no encaja. Le tomarías por loco y no darías crédito a ninguna de sus palabras.

Pues esa misma afirmación podrías decirla tú cada vez que vuelves de Misa un domingo cualquiera... ¿Y por qué a ti si te tienen que creer?

Los cristianos, con demasiada frecuencia, afirmamos cosas que si las pensáramos un poco son para meternos en un manicomio. Y entre esas dos grandes verdades propias de un loco con carnet

están las de decir que Jesucristo no es solo hombre sino que además es Dios y que, para colmo, no ha muerto para siempre en estos dos mil años sino que está vivo y habita en medio de los hombres. Y perdona que te lo pregunte a bocajarro: ¿Y tú eso te lo crees a pies juntillas... o es solo una frase hecha que, por oírla mil veces, ya la has introducido en tu vocabulario de cristiano?

Porque esta verdad tan fuerte... o te la crees y la vives en consecuencia, o bien la pronuncias pero, en el fondo, ni piensas que es verdad y menos todavía va a cambiar algún aspecto de tu vida.

Y aquí radica la gran mentira de muchos que se llaman cristianos: dicen creer en algo que en realidad no creen y predicán sobre cosas que en realidad no viven... ¿No es esa la mayor de las mentiras, no es una hipocresía capaz de echar para atrás a aquellos que se acercan con sincera voluntad de conocer a Jesucristo y ven en los cristianos a personas descreídas que no viven como piensan?... Y lo que es peor: ¿no somos tú y yo, muchas veces, uno más de estos cristianos mentirosos?

¡No estamos para engaños! O creemos que Cristo vive, o creemos su contrario... Y si vive, o eso afecta a nuestra vida concreta o es solo una frase bonita de cuento de hadas... Y si Cristo vive –¡y vaya si vive!– nos toca a ti y a mí actuar en consecuencia. Porque o vivimos como pensamos, o nuestra vida será la más cruel de las mentiras.

Esta es la gran verdad que predica el cristianismo: ¡Cristo está vivo... murió realmente y resucitó realmente para jamás morir de nuevo! ¡Y está vivo hoy! Y el que vive no es una figura poética o un recuerdo intenso... el que vive es el mismo que paseó por las calles de Jerusalén, el mismo que dio la vista al ciego Bartimeo, el mismo que fue atormentado por los latigazos, escupido por los soldados, vitoreado por algunos e insultado por otros y finalmente condenado.

¡Y decir que tras dos mil años de estos hechos, Cristo sigue vivo... es muy fuerte!

En esto, y solo en esto, radica la diferencia entre un cristiano de nombre o un cristiano de verdad. Porque quien cree que Cristo vive, entenderá la necesidad de acercarse a Él, de conocerlo, de tratarlo y de acabar amándolo. Quien descubre a Cristo descubre su verdad más íntima porque descubre que su vida está íntimamente enlazada a la de Dios. Tú y yo existimos por un querer de Dios. Tú y yo podríamos no ser, podríamos habernos quedado solo en una posibilidad... Nuestra vida no es un verso suelto fruto del azar. Tenemos una existencia con un sentido que toca a cada uno descubrir, pero esa vida tuya y mía se queda sin ninguna explicación si apartamos a Dios de nuestra existencia concreta.

Quien es capaz de afirmar que Cristo vive, entenderá que vivir al margen de Dios es estar muerto por dentro.

Tu vida y la mía carecen de sentido cuando alejamos a Dios de nuestra vida. Es más: solo cuando nos acercamos a Cristo es cuando somos capaces de descubrir quienes somos en realidad. Tantos de nuestros bajones, de nuestras faltas de entendederas, de nuestras angustias y miedos tienen su explicación cuando caemos en la cuenta que estamos viviendo como si Dios no existiera, como si Dios no fuera Padre tuyo y Padre mío... Toda nuestra vida está incompleta hasta el día que nos topamos con Aquel capaz de dar respuesta a todas nuestras preguntas: ¡Jesucristo!

Pero antes siquiera de ponerte a buscarle, antes incluso de querer entablar una amistad personal con Él, tienes que estar dispuesto a responderte a esta pregunta: ¿Creo de verdad que Cristo vive? Eso es la fe concreta del cristiano. Yo no creo por lo que dicen otros, creo por la autoridad del que lo afirma... ¡Y es el mismo Cristo el que dice de mil modos que Él está vivo, que Él es la verdad, el camino y la vida! Yo creo que Cristo vive porque es Cristo quien lo dice, y es Él mismo el que me ayuda a mantener esa fe intacta cuando le trato, cuando le abro mi alma de par en par, cuando vivo con el firme convencimiento de que mi vida sin Dios y sin las almas carece totalmente de sentido.

TÍTULOS DE LA COLECCIÓN
FORMACIÓN CRISTIANA DE ADOLESCENTES

Soy amigo de Jesucristo

La filiación divina se llama confianza

A Dios le importas (5ª edición)

Hazte ateo de ese Dios aburrido que tienes en la cabeza

Dios conoce tu vocación (3ª edición)

Un recorrido para saber lo que Dios quiere de ti, con la ayuda de San Juan Pablo II, Benedicto XVI y el Papa Francisco

Formar bien es posible (2ª edición)

10 claves en la formación de un adolescente

Apaleado por la pereza (2ª edición)

Qué hacer cuando te carcome y te domina el maldito me apetece

¿Mi hijo para Dios? (2ª edición)

Algunas claves para entender por qué tu hijo desea entregar su vida a Dios

¡Estás hecho para amar! (2ª edición)

Cómo vivir la santa Pureza y no morir en el intento

Paso de ser egoísta (2ª edición)

Dios hace milagros en los corazones generosos